



Evasión del General Porfirio Díaz del Convento de "La Compañía".--Puebla.

SEGUNDA EVASIÓN.

ES indudable que el General Bazaine contaba ya con asaltar la débil é indefensa ciudad, y dar á su Monarca el parte respectivo, exagerando la importancia de su triunfo, y conquistando así la gloria de un gran héroe á costa de una cruel fanfarronada.

Porfirio Díaz, al entregarse prisionero, arriesgando su vida por salvar la de aquellos valientes soldados que aún resistían el hambre y la metralla, cumplió con un deber humanitario, y arrebató en esa ocasión, al jefe francés, *quizás hasta el ascenso á Mariscal de Francia*, con que ya desde entonces soñaba.

«En Puebla, fuimos entregados á fuerzas austriacas, que nos cerraron en tres prisiones distintas, poniendo á los Generales, Coroneles y Tenientes Coroneles, en la fortaleza de Loreto. Allí nos juntamos con otros prisioneros liberales, entre quienes estaban los Generales D. Santiago Tapia y D. Francisco O. Arce, y permanecimos en ese punto como tres meses.

«Estando presos en dicho Fuerte, nos volvieron á amonestar, como había sucedido cuando la rendición de Puebla, para que protestáramos no tomar las armas contra la Intervención ni el Imperio, y protestaron los más; pero sí recuerdo que no lo hicimos, por lo que respecta á los que junto conmigo fueron hechos prisioneros, el General Tapia, el Coronel Don Miguel Castellanos Sánchez, el Capitán de artillería Don Ramón Reguero y yo. Castellanos Sánchez, no solamente se negó á protestar, sino que su negativa estuvo concebida en pa-

labras ofensivas para los proponentes, por lo cual le sometieron, durante algunos días, á obscura y solitaria prisión. Para conseguir las protestas dichas, llegó á amagarse á alguno ó algunos hasta con el fusilamiento.

«No pusieron en libertad á Benítez ni á Ballesteros, sin embargo de haberse prestado á subscribir el documento de protesta, sino pasados varios meses y por recomendación de D. Bonifacio Gutiérrez. Así es que algunos días después, que de Loreto nos pasaron al convento de Santa Catarina, colocaron en mi propia celda á dichos señores; pero un día fingí motivo de desagrado con ellos, y solicitaron del preboste que se les diera otra habitación, lo que, concedido, quedé solo, como deseaba, para poder preparar una evasión, y al efecto, desde luego comencé á hacer un subterráneo en el lugar que quedaba debajo de mi cama.

«Estaba situada mi celda en el piso bajo del edificio, dentro de una capilla que había sido celda de una monja milagrosa, y había en la capilla un pozo cuya agua, según la tradición, tenía virtudes medicinales. Ese pozo me servía para depositar la tierra que sacaba de mi obra.

«Cuando mi trabajo de excavación llegó más abajo del macizo cimiento del edificio, seguí haciendo una galería horizontal hacia la calle, porque mi cuarto daba para ella, lo cual había rectificado por diversos medios; pero antes de que pudiera concluir mi obra, me cambiaron súbitamente á otra prisión.

«Efectivamente, habían pasado cinco meses de estar en Santa Catarina, cuando se nos trasladó al convento de la Compañía.

«Había quedado con el mando de la plaza, el Barón Juan de Schizmandia; el jefe neto era el Conde de Thun, que había salido á campaña sobre la sierra de Puebla. El Teniente Schizmandia me permitía ir al baño vigilado por un sargento austriaco, que me seguía como sombra á todas partes, y molestándome ésto, no volví á pedir permiso. Entonces me ofreció que me acompañaría él personalmente. Lo hizo así, pero usó de muchas precauciones, como ocupar una silla frente al cuarto en donde me bañaba, y prohibir que fueran ocupados los baños contiguos...

«Exceptuando esta vigilancia, me trataba con mucha cortesía: después del baño, una vez me llevó á almorzar á su casa, y luego me invitó á ir á los toros, y me condujo hasta en la tarde á mi prisión. No volví á aceptar invitaciones de esta especie, por no exponerme á que se creyera que estaba yo próximo á aceptar el Imperio.

«Después me dejó que anduviese en libertad por la ciudad, esperando de mi honorabilidad que no lo comprometiese con mi fuga.

«Estas consideraciones para conmigo, costaron caro al Teniente Schizmandia, pues cuando volvió de su expedición el Conde Thun, le hizo un fuerte extrañamiento, y lo puso en arresto porque había relajado mi prisión.

«(Al ocupar la plaza de México el 21 de Junio de 1867, encontré entre los prisioneros húngaros que tomé al enemigo, al Teniente Schizmandia, que había ascendido ya á Mayor. Lo puse, desde luego, en libertad, y él aprovechó mi amistad personal para conseguir muchos favores y consideraciones para todos sus compatriotas que estaban á las órdenes del Príncipe Carlos de Khevenhuler y el Coronel Alfonso de Kodolich, que habían caído prisioneros, hasta que al fin permití á todos que regresaran á su país á bordo de la fragata austriaca «Novara,» que había venido á Veracruz para conducir á Maximiliano).

«El mal éxito que el Conde de Thun había alcanzado en su campaña de la sierra de Puebla, le tenía de mal humor. Al día siguiente de su arribo á Puebla, vino á la prisión y me llamó al salón de la Corte Marcial, que estaba en el mismo edificio, y allí me previno, con maneras bastante duras, que firmara una carta, previamente escrita, en que ordenara yo al Gral. D. Juan Francisco Lucas, que no fusilara á los jefes y oficiales traidores que tenía prisioneros, porque el Gobierno Imperial se proponía canjearlos por algunos de mis compañeros de prisión, y que yo podía ser uno de los canjeados. Manifesté al Conde de Thun, que no podía firmar semejante carta, y que si la firmaba le sería perfectamente inútil, porque en mi calidad de prisionero, no podía dar órdenes, ni el General Lucas estaba obligado á obedecerlas.

«En respuesta me expuso, en són de reproche, que era raro que no quisiera firmar una carta semejante, cuando había firmado en la prisión y remitido al Gral. D. Luis Pérez Figueroa, su despacho de General, lo cual era cierto y no lo negué.

«El Conde de Thun me dijo, entonces, que nunca se había figurado que después de nueve meses de prisión, estuviera tan insolente, y que el Barón de Schizmandia pudo haber causado un grave perjuicio al Gobierno Imperial, si yo me hubiera evadido, aprovechándome de sus favores.

«Contesté al Conde, que mejor que él conocía el Barón el carácter de los dignos oficiales mexicanos, pues que él nunca los había te-

nido cerca y los juzgaba por el carácter de los traidores, que no se les parecían, y que las garantías que el Barón de Schizmandia había tomado para mi seguridad, eran inquebrantables entre hombres de honor.

«Ese mismo día entró el Conde de Thun á la prisión, y ordenó la clausura de nuestras ventanas, dejando sin luz las celdas de los prisioneros. Aumentó el servicio de centinelas de día y de noche, disponiendo que éstos entraran á toda hora en las celdas al hacer su vigilancia, ó se estacionaran en alguna de ellas, á su arbitrio.

«Sobré mí, especialmente, descargó el General Thun sus iras, y eso me hizo resolverme á abreviar la realización de una evasión, que preparé para el 15 de Septiembre, día de mi cumpleaños; pero coincidiendo esa fecha con el aniversario de la Independencia, no pude realizar mi propósito la noche de tal día, porque estaban muy iluminadas las calles de Puebla, en virtud de la festividad cívica que se celebraba, y la aplacé para el día 20.

«Había yo comprado caballos y monturas, que con un criado tenía preparados ocultamente en una casa.

«El Teniente Coronel Don Guillermo Palomino y el Mayor Don Juan de la Luz Enríquez, mis únicos confidentes entre mis compañeros de prisión, invitaron á jugar naipes, la noche en que me evadí, á nuestros demás camaradas, para tenerlos distraídos y juntos, y evitar así que anduvieran por los corredores y pudieran apercibirse de lo que pasaba.

«En la tarde del día 20, había yo añadido y envuelto, en forma de esfera, tres reatas que me proponía usar en mi evasión, dejándome otra en mi saco de equipaje, y una daga perfectamente aguzada y afilada, como única arma de que pude allí disponer.

«Después del toque de silencio, me fuí á un salón destechado, en donde la entrada y salida de los prisioneros no llamaba la atención de los centinelas, porque estaba destinado á usos comunes de los mismos. Llevé conmigo las reatas envueltas en un lienzo gris, y una vez cerciorado de que no había otra persona en el lugar, las arrojé á la azotea, y con la otra reata que me quedaba, lacé un canal de piedra que me pareció muy fuerte, lo que hice con dificultad, porque no podía distinguir bien el canal, dado que no había más luz que la de algunas estrellas de una noche muy oscura. Me cercioré de la resistencia de aquel punto de apoyo, y luego subí por la cuerda á la azotea; quité la cuerda que me había servido para subir, y recogí las tres que había tirado de antemano.

«Mi marcha por la azotea para la esquina de San Roque, punto escogido por mí para el descenso, era muy peligrosa, porque en la azotea del templo, que dominaba toda la del convento, había un destacamento y un centinela, que tenían por objeto vigilarnos desde la altura. Yo recorría en la azotea una parte muy sinuosa, pues cada una de las celdas tenía una bóveda semi-esférica, lo mismo que los espacios de los corredores comprendidos entre cada arco. Así es que, deslizándome entre esas medias esferas, y arrastrándome por sus cavidades, caminaba necesariamente en dirección al centinela, buscando el punto por donde debía efectuar el descenso.

«La marcha diagonal, que era la más corta y más lejana del centinela, no podía ser sino aérea, á través del patio.

«Tenía muy á menudo que suspender mi avance, y explorar con el tacto el terreno por donde habría de pasar, porque había sobre las azoteas muchos pedazos de vidrio que hacían ruido al tocarlos; además, eran muy frecuentes los relámpagos, á cuya luz podía ser descubierta. Llegué por fin al muro del templo, y como allí ya no podía verme el centinela, sino inclinándose mucho, seguí de pie y me dirigí á asomarme á una ventana muy elevada que daba á la guardia de prevención, con objeto de observar si había alguna alarma. Corrí allí un gran peligro, porque el piso era inclinado y estaba muy resbaladizo, en virtud de la humedad producida por las lluvias frecuentes; y, sin poderlo remediar, se me fueron los pies hasta los cristales, que eran poco resistentes, habiendo estado á punto de rodar al precipicio.

«Para llegar á la esquina de la calle de San Roque, por donde me había propuesto descender, era necesario atravesar por una parte del convento que servía de casa al capellán, quien tenía el antecedente de haber denunciado poco antes, ante la Corte marcial, á los presos políticos que habían hecho una horadación que fué á dar á su casa, en virtud de cuya denuncia fueron fusilados al día siguiente.

«Bajé á la azotehuela de la casa del capellán, en momentos en que entraba un joven que vivía en ella, y que probablemente venía del teatro, pues estaba alegre y tarareando una pieza. Esperé que se metiera á su habitación, y á poco salió con una vela encendida y atravesó por el lugar donde yo estaba. Me escondí para que no me viera á su paso, y esperé á que regresara, lo cual hizo pasados algunos minutos, que me parecieron largos en aquellas circunstancias. Cuando consideré que había tiempo para que se hubiera acostado y acaso dormido, ascendí á la azotea frontera del convento, por el lado del lote

opuesto al que me había servido para bajar, y seguí mi camino por ella á la anhelada esquina de San Roque, á la cual llegué al fin.

«Hay en tal esquina una estatua de piedra, de San Vicente Ferrer, que era la que yo me proponía usar como apoyo para fijar mi cuerda. El santo oscilaba mucho al tocarlo, pero pensé que tendría probablemente alguna espiga de hierro que lo sostuviera; y así, para mayor seguridad, no fijé la cuerda sino en la piedra que servía de pedestal, que era á la vez la angular del edificio, y que me pareció maciza al probar su estabilidad.

«Juzgué que si descendía inmediatamente de esa esquina para la calle, podía ser visto por algún transeunte, en el acto de descolgarme por la cuerda; y por ese motivo me propuse bajarme previamente hacia un lote que estaba cercado solamente, sin saber que había allí una pocilga de cerdos. Sobre ellos cae fatalmente mi daga, que se desprendió de mi cintura con el roce que efectuaba de espalda sobre la pared al descolgarme, ayudado de la cuerda; y aquellos animales, tal vez alguno herido, armaron un ruido tal, que podía descubrirse si alguien ocurría con motivo del escándalo que hacían.

«Ocultándome al bajar, hube de dejar que se apaciguaran un tanto, y ya para brincar á la calle, subí á la cerca que de ella me separaba; mas tuve que retroceder repentinamente, porque en esos momentos pasaba un gendarme haciendo su ronda y examinando las cerraduras de las puertas. Cuando se retiró dicho gendarme, salí á la vía, y respiré con libertad.

«Sudoroso y agitado por la fatiga, emprendí violentamente mi marcha para la casa donde tenía mis caballos, mi criado y un guía, y pude, sin más tropiezo, llegar á ella.

«Una vez en mi casa, donde me esperaba mi criado y el guía, todos nos armamos de pistolas, montamos á caballo, y después de esquivar el encuentro de una patrulla de caballería, salimos por la garita de Teotihuacán. Estaba casi seguro de que sería detenido en dicha garita por los empleados, y me proponía forzar el paso; pero afortunadamente no fué así, pues el portón estaba abierto y se veía luz en las habitaciones y colgado un caballo ensillado en el portal.

«Al trote atravesamos por allí, y una vez fuera de la ciudad y para ganar tiempo, seguimos nuestra marcha á todo galope.

«El Coronel Don Bernardino García debía esperarme con su guerrilla, en el Paso de Santa María del Río, situado ya en los límites del Estado de Guerrero con el de Puebla; pero como mi evasión no tuvo lugar el 15, como yo le había anunciado, sino hasta el 20, ya

García no me esperaba. Entre las 8 y las 9 de la mañana del 21 de Septiembre, llegamos al paso citado del río Mixteco sin ningún incidente notable. Sabía que no estaban lejos de allí las fuerzas imperialistas del Coronel Flon, y no abandoné mi caballo ni mis armas; por lo que, mientras mi criado y mi guía pasaban en las balsas con sus monturas, y los pasadores de servicio llevaban del diestro sus caballos en pelo para volver á ensillarlos al otro lado, yo, quitando sólo el freno, pasé á nado, agarrado con una mano de las crines de mi caballo y ayudándome con la otra, y esperé en la margen opuesta hasta que estuvieron nuevamente ensillados los de mis compañeros de viaje.

«Mi temor no era infundado: después de algunas millas que recorrimos al galope, llegamos al pueblo de Coayuca, donde había una fiesta, y donde supuse que, con ese motivo, habría algunos hombres de la guerrilla de García. Con objeto de averiguarlo, mandé al guía al centro del pueblo, mientras yo y mi mozo lo pasamos por los suburbios, para juntarnos los tres y volver á tomar el camino del otro lado.

«En ese rodeo me encontré con el alcalde del pueblo, á quien conocí por el bastón que llevaba, y me pareció inconveniente pasar sin decirle algo que alejara toda sospecha: en la corta conversación que tuve con él, le hice entender que era un comerciante que iba á la costa á comprar ganado; pero el hombre aquel me conoció, me felicitó con efusión por encontrarme libre, y me ofreció sus servicios. Me hizo muchas instancias para que pasara un día en el pueblo, creyendo que estaría enteramente seguro, pues me protestaba que no tendría riesgo alguno; resistí á sus ofertas y seguí la marcha. Apenas había dado unos cuantos pasos, cuando empecé á oír un tiroteo muy nutrido, que de pronto me pareció podría provenir de fuegos de artificio, pero no tardé en percibir silbidos de balas. Entonces me dirigí rápidamente sobre una colina, separándome del camino que debíamos llevar, siguiendo á campo traviesa.

«Desde la colina pude ver que, en efecto, se trataba de un combate en el centro del pueblo, y con más razón apresuré mi marcha. Á pocos momentos me alcanzó el guía, pues tanto él como yo, conocíamos bien el terreno, y me informó que un escuadrón de Flon había caído de improviso á la población, con objeto de sorprender á los guerrilleros de García, que suponía habrían concurrido á la fiesta, como en efecto concurrieron.

«Seguimos sin ser molestados hasta el rancho de García, que distaba de allí unas quince ó veinte millas.» (Memorias).

El mozo que figura en este novelesco episodio, se llamaba Francisco Hernández, era muy antiguo en el servicio de la familia Díaz, en Oaxaca, y era un hombre leal, de gran corazón y muy adicto á Don Porfirio.

Él fué quien ayudó eficazmente en los preparativos de la fuga, sin saber que el mismo General Díaz era el que iba á fugarse, pues Don Porfirio, rompiendo una de sus tarjetas y dando la mitad á Hernández, le había dicho:

—El que se ha de fugar, es un amigo que yo estimo, y te ha de entregar como contraseña, la otra mitad de esta tarjeta, para que tú le entregues las armas y caballos.

Grata fué la sorpresa de Hernández, cuando, á la hora convenida, vió llegar á su amo, en vez de la persona que esperaba.

El precavido General Díaz, nunca dudó de la lealtad de su sirviente, pero temió que si éste se enteraba de que él mismo era quien debía evadirse, por exceso de celo cometiese alguna imprudencia.



SU TERCERA CAMPAÑA.

CONTRA LA INTERVENCIÓN.



L Imperio había puesto á precio la cabeza de Porfirio Díaz, que al recobrar la libertad, emprendió, con 14 jinetes, su tercera campaña contra los invasores de la Patria.*

Mientras el Conde Thun, al enterarse de la fuga, ofrecía mil pesos por la reaprehensión del ilustre fugitivo, éste llegaba sano y salvo al rancho de García, ya en el Estado de Guerrero.

«García tenía un sistema de avisos (sus vigías tocaban un bombo, cuyo sonido se oía á larga distancia), que le ponía á cubierto de toda

* «Un sello de tinta.—Juzgado Municipal de Acatzingo.—Acatzingo, Septiembre 21 de 1865.—El Sr. Secretario de la Prefectura política del Departamento, por parte telegráfico recibido hoy, me dice lo que copio: El Comandante Superior ofrece mil pesos por la reaprehensión del Gral. Porfirio Díaz, que se ha fugado hoy de esta ciudad, por lo que, de orden superior, prevengo á Ud. proceda á la reaprehensión por medio de los agentes de esa oficina, y que lo avise al Sr. Comandante Carrasco, con el mismo objeto. Y lo transcribo á Ud. para su conocimiento y que dé aviso al Sr. Carrasco, protestándole con tal motivo, mi consideración y respeto.—El Alcalde Municipal, *J. de J. Machorro*.—Sr. Subprefecto del Distrito de Tepeaca.—Al margen.—Septiembre 21 de 1865.—Recomiéndase al Comandante Carrasco y al Subprefecto de Tepeji, la reaprehensión de que se trata, y dígase así en respuesta.—Rúbrica.»

«Minuta.—Septiembre 21 de 1865.—Habiéndose fugado de la capital del Departamento, el Gral. Porfirio Díaz, según me participa la Prefectura políti-